

Valparaíso, 21 de Julio de 1950.

Señor. Monseñor

Carlos Caramueva O., Rector de la U. C. de Ch.
Santiago.

Monseñor de todo mi respeto y aprecio:

Es un ex-alumno de la Universidad Católica de Chile y abogado que ha ejercido durante muchos años su profesión, quien se toma la libertad de escribirle esta carta.

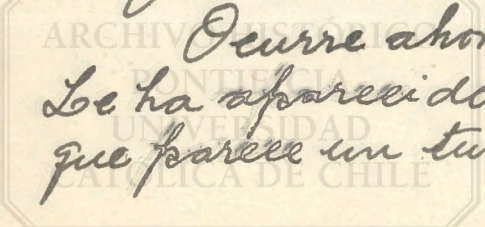
En efecto: hice en la Universidad Católica mis estudios de los tres últimos años de Derecho, cursando el quinto en 1928 y graduándome de Licenciado y titulándome de Abogado al año siguiente, 1929. Meses después de haber obtenido mi título de Abogado, inicié el ejercicio de la profesión en Talca, mi ciudad natal, donde desde el principio tuve clientela, la que fué en aumento de una manera tal que casi todo el tiempo que desempeñé la abogacía en Talca conté con mucho, y a veces excesivo, trabajo profesional. Nueve años estuve ejerciendo en aquella ciudad la profesión hasta que en 1938 y 39 — eramos entonces y seguimos siendo ahora los dos solos — abandonamos Talca en el deseo de pasarlo mejor en otra parte y de descansar de mi pesado trabajo profesional, pero ejerciendo siempre la profesión, eso sí que en una forma mas aliviada. Fué así como llegamos a Santiago en 1939, ciudad en la que permanecemos algún tiempo y donde abrí estudio profesional, alcanzando a tener trabajo que prometía no ser escaso. Pero hube de entregar el trabajo que había recibido y de rehusar la recepción del nuevo que se me ofrecía y de dejar el estudio profesional porque tuve que dedicar todo mi tiempo para cuidar de mi mamá a quien atacó una grave enfermedad que, según los médicos, podía producirla pronto la muerte, pero en la que el Señor oyó mis súplicas, sanándola de ella. Posteriormente, trasladamos nuestra residencia a Melipilla, donde también abrí estudio, llegando a tener gran labor profesional, mas no tanta como en Talca. Después de tres años y medio de residencia en Melipilla, lugar en que nos aburríamos porque no era eso lo que habíamos

anhelado cuando salimos de Valca sino algo mejor que la misma Valca, como Santiago o Valparaiso, dejamos esa ciudad y no vinimos a Valparaiso, puerto en el que estamos desde Abril de 1945. Luego de haber llegado a Valparaiso, instalé aquí mi estudio profesional. Como en este puerto eramos, puede decirse, completamente desconocidos, pasó largo tiempo sin que yo recibiera trabajo profesional alguno. Después de tres años de haberme instalado, empecé a tener trabajo, habiendo llegado a cinco el número de asuntos profesionales que alcancé a atender aquí. Posiblemente, como ya me iban conociendo en esta ciudad, habría logrado reunir una buena clientela si hubiera continuado en el ejercicio de la profesión. Mas, el año pasado, precisamente cuando estaba aumentando, pero lentamente, mi trabajo, me vi en la necesidad de dejar el estudio por absoluta falta de medios para continuar manteniéndolo. Efectivamente: lo que gané con esos cinco asuntos a que me refiero me dió sólo para cubrir una parte, menos de la mitad, de los gastos que el ejercicio de la profesión me originó desde 1945, en que abrí el estudio, hasta 1949 en que lo dejé, gastos que se tradujeron en pago de arriendo de oficina, de impuestos, de patente, de imposiciones obligatorias, etc. Lo demás de esos gastos, o sea, más de la mitad de ellos, hubo de ser cubierto con el dinero que mamá y yo teníamos. Con ese mismo dinero nuestro, hubimos de cubrir todos nuestros gastos de vida causados en Valparaiso desde que llegamos a este puerto, gastos que, aunque nunca inmoderados, fueron subidos, dada la grande y creciente carestía de la vida. En suma, con el dinero que mamá y yo teníamos, hubimos, pues, de atender desde Abril de 1945 hasta el año pasado todos nuestros gastos de vida y más de la mitad de los demandados por el ejercicio de mi profesión. De esta manera, se nos fué absolutamente todo lo que poseíamos, una fortunita, y que era suficiente para nosotros dos cuando llegamos a Valparaiso. Viendo, pues, el año pasado que nada nos quedaba y que lo que estaba empezando a ganar en esta ciudad con el ejercicio de mi profesión no alcanzaba todavía para cubrir los gastos de mi estudio, hube de dejar éste y, por consiguiente, suspender el ejercicio de la abogacía, en la cual obtuve hermosos triunfos en Valca, Santiago, Melipilla y aún aquí mismo en Valparaiso donde muy

poca labor profesional alcancé a desarrollar. Mucho he sentido el haber Tenido que dejar mi estudio, que deseo grandemente reabrir si Dios permite que cuente con medios y oportunidad para hacerlo, aprovechando bien las lecciones que he recibido de la experiencia. Acabándonos, como sucedió, todo cuanto poseíamos y no experimentando, a pesar de las gestiones que he hecho al efecto, mejoramiento alguno en nuestra situación económica, hemos sufrido mamá y yo en todo este último tiempo los rigores de una pobreza extrema, a la cual no estábamos acostumbrados, pues siempre habíamos tenido de sobra para la satisfacción de nuestras necesidades y habíamos vivido con comodidad y holgura. Contigo o prueba a que el Señor nos ha sometido. Yo le pido a El que me dé su gracia para serle fiel hasta el fin, en la buena o en la mala fortuna.

Yo he sido, Monseñor, como un religioso en el mundo. No he sido hombre de relaciones ni de diversiones sociales. Mi tiempo lo he dedicado a la piedad, a mi trabajo, que he efectuado a conciencia y aún escrupulosamente, y a mi mamá, atendiendo a ella y también distrajiéndome y paseando con ella. He sido muy inclinado a las prácticas ~~piadosas~~ piadosas: me agrada frecuentar los templos y levantarme muy temprano para ir a las Misas primeras y recibir sacramentalmente a Nuestro Dios. Así lo hago diariamente, y aquí en Valparaíso lo acostumbro en la Catedral en la Santa Misa que el Excmo. señor Obispo Diocesano celebra poco antes de las 6½. Además, he trabajado en la Sección Católica: en Valca fui primero Presidente del Centro de Jóvenes de mi Parroquia y después Presidente del Consejo Diocesano de Jóvenes en tiempo del Excmo. y Rvdmo. señor don Carlos Silva Costas. En Melipilla y Valparaíso tuve activa participación en los Centros de Hombreros de las Parroquias que me correspondieron. Aquí en Valparaíso en la Parroquia de San Luis, a cargo de los R. P. P. Pallottinos, de mi actuación en la Sección Católica se manifestó siempre muy satisfecho el ex-Párroco R. P. Luis Brantlaucht, actual Superior de la Casa que dichos Rvdos. Padres tienen en la ciudad República de Santiago.

Ocurre ahora, Monseñor, que mi mamá está enferma. Le ha aparecido en el pecho una afección de feo aspecto, que parece un tumor y que, desde hace algunos meses, le



supura y le sangra, pero que, gracias a Dios, no le causa dolores ni la ha postrado. Es indispensable que reciba atención médica, la que con dolor de mi alma no se le ha podido suministrar por nuestra absoluta pobreza actual. Pero en cambio imploro incesantemente la protección del Cielo para que mamá y yo nos veamos libres de mal ante esta enfermedad de ella. Veo que el medio para que mamá reciba atención médica eficaz es el Hospital, y, como dada nuestra situación es imposible que quede en Ferriónado, hay que conformarse con que vaya a Sala Común, por penoso que ello nos sea. Pero Sala Común en estos Hospitales del Estado donde hay que pasar por circunstancias tan desagradables para la recepción gratuita en ellos y también durante la permanencia en los mismos, sería muy triste para nosotros que siempre habíamos vivido conforme a la posición social en que se había desarrollado toda nuestra existencia. Por esto, Monseñor, me he atrevido a escribirle, rogándole que tenga la gran bondad de hacer lo que le sea posible para que mi mamá sea recibida en el Hospital de la Universidad Católica, gratuitamente, en Sala Común o, si en esto no se pudiese, en cualquier rinconcito. Estaría en aquel Hospital como persona pobre, por caridad, pero, ¡cuán distinto desde todo punto de vista a como estaría en los Hospitales del Estado! El Señor le pagaría esto que haría por nosotros y ¡que agradecidos le quedaríamos los dos! No olvidáramos esta gran obra de caridad hecha cuando tanto necesitábamos de ella.

Dirigase perdonar, Monseñor, las presentes líneas que le dirijo movido por la necesidad y confiado en su reconocida bondad.

Rogando a Dios por el buen resultado de esta carta y deseando que Él lo conserve con salud y bienestar y le realice todas sus intenciones, tengo el honor de subscribirme como su más atenta y respetuoso servidor.

Dario Marfull Varzúa

Cochrane 831, oficina 23. - Valparaíso.

Esa dirección era la de mi estudio profesional; pero, aún cuando lo dejé, reciben ahí mi correspondencia.